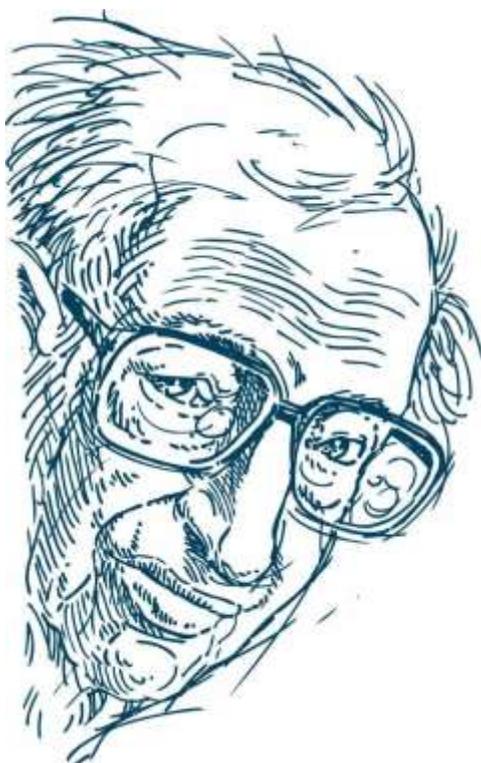


Eric Hobsbawn, su gran legado historiográfico

Por Prof. Beatriz González de Bosio

La historiografía es la disciplina que hace una valoración de la producción histórica para el análisis de hechos y procesos del pasado.



/ ABC Color

Es, además, la interpretación y reconocimiento de corrientes de pensamiento que alimentaron a dichos autores en su producción.

Al interpretar o narrar el pasado, cada historiador refleja la mentalidad, los valores vigentes en ese momento, las ideas, convicciones y mitos que a veces se generan como ideal o necesidad dentro de una sociedad.

Esto nunca se dio con mayor precisión que en la vasta y erudita obra del recientemente fallecido Eric Hobsbawm, 1917-2012, historiador y catedrático inglés de proficua labor, cuya obra cumbre, Historia del Siglo XX, es un fresco que recorre en su primera parte bajo un sugestivo título “La era de las catástrofes” y analiza la guerra total inaugurada por la 2ª Guerra Mundial, y en ella estudia en capítulos la revolución mundial, la caída del liberalismo, las artes en la primera mitad del siglo y el fin de los imperios. Todos estos acontecimientos del siglo XX constituyeron un verdadero cataclismo de ocurrencias y situaciones de cambios insospechados, pero todo ello signado por el dolor humano, hasta su propia conclusión en guerras llamadas de “baja intensidad”, pero con inmensa cantidad de víctimas y desplazados. En la segunda parte, el autor habla del aspecto positivo del siglo, y le llama la edad de oro, con una guerra fría que si bien era amenazante, también significó una ordenada división del mundo, sin que un lado se involucrara

en el otro, con escasísimas excepciones como el espionaje del U-2 sobre la Unión Soviética y el intento de esta de ubicar misiles en Cuba a 100 km del territorio norteamericano.

Luego habla de los años dorados de la revolución social, la venida de las masas al espectro político y el mayor progreso económico y humano que se hubiera hecho en toda la historia mundial.

El estudio sobre el Tercer Mundo, siempre un tanto marginal, porque estos intelectuales en el fondo son eurocentristas, aunque aparentemente inconscientes de ello.

En la tercera parte, descrita como “El derrumbamiento”, se refiere a las décadas de crisis, al tercer mundo y la esquivada revolución que luego de mucho costo en vidas y desplazamientos, terminan siempre con los jefes revolucionarios eternizándose en el poder, y a la hora de la sucesión revierten a pensamiento tribal de sucesores consanguíneos para completar la tarea inconclusa.

Un aspecto particularmente patético para el autor en su condición de marxista sería el capítulo XVI, titulado: El final del socialismo, donde se derrumba la utopía marxista, sin mucha resistencia. Lo interesante en Hobsbawm es su amplitud y obsesión por analizar todos los ejes temáticos, los documentos y hechos, con la distancia necesaria y prolijamente respetuoso de la verdad y lo probable.

Un capítulo de particular interés para el mundo contemporáneo se titula Brujos y aprendices: las ciencias naturales, donde se habla del prodigioso acto de liberación de la energía del átomo, el Internet, las comunicaciones, la ingeniería genética, el viaje interestelar, la física cuántica y otros fenómenos de logros de la humanidad que al mismo tiempo podrían significar peligros insospechados.

La vasta bibliografía de Eric Hobsbawm aborda los grandes interrogantes de la propia disciplina histórica.

En su condición de catedrático, en la frecuentemente se le solicitaba disertar sobre su disciplina académica, que para muchos iba menguando en importancia y en interés, procedió a compilar sus conferencias en un libro titulado “Sobre la historia”, en el que recorre los temas comunes desde su perspectiva analítica, intentando responder todas las preguntas frecuentes y que se vuelven a repetir en cada generación, pues la tarea sencillamente es inconmensurable, por eso cada generación se vuelve a preguntar cosas como: “El sentido del pasado”; “¿Que puede decirnos la historia sobre la sociedad contemporánea?”. Una de las interrogantes más repetidas que equivale a un problema casi del huevo y la gallina recibe esta conferencia: “Con la vista puesta en el mañana: La historia y el futuro”. Luego habla sobre historiadores y economistas, el partidismo, sobre la historia desde abajo.

Una de las conferencias más atractivas fue presentada originalmente en un simposio de la Unesco, nada menos que en mayo del 68 en una París con estudiantes y obreros alzados contra Charles De Gaulle.

Originalmente la monografía se tituló “El papel de Karl Marx en la evolución del pensamiento científico contemporáneo”, y como corresponde a todo científico de su envergadura, Hobsbawm procedió a pulir la ponencia para darle categoría de publicación en el volumen del International

Social Science Council, y ese artículo publicó en este volumen con el título: “¿Qué deben los historiadores a Karl Marx?”

Más adelante entra de lleno en el mundo post moderno, y se pregunta si alguna vez podemos escribir la historia de la Revolución rusa. Otro título provocativo en este libro es “Post modernismo en la selva”, para concluir con una afirmación contundente: “Todos los pueblos tienen historia”. Para la conclusión de este libro, sus dos últimos capítulos lo muestran como muy actualizado en el pensamiento y el lenguaje contemporáneo, a pesar de su avanzada edad, y se titulan: “La barbarie: guía del usuario” y “La historia de la identidad no es suficiente”.

La disciplina histórica sale fortalecida, no solo por el trabajo testimonial de este prolífico autor, sino que la lucidez de su interpretación confirma la necesidad imperiosa de contar siempre con la guía de los grandes maestros de la historia para convertirse en guía y multiplicadores de una tarea de por sí vidriosa y plagada de aficionados, que si bien cumplen todos los requisitos de la investigación y las fuentes, no siempre están dotados de la capacidad hermenéutica y epistemológica, con la habilidad de comunicar sus descubrimientos a un ávido público lector.

Visitó nuestro país en la década del 70, una era en que el gobierno paraguayo atraía la atención de estudiosos y literatos, ya que por la misma época habían pasado por nuestro país gente del nivel de Graham Greene, Mario Vargas Llosa y otros.

Aparentemente la visita de Eric Hobsbawm al Paraguay, con la intención de saber más acerca de los campesinos paraguayos, fue en preparación del trabajo de campo necesario para el conocimiento de lo que en su monumental obra sobre el siglo XX denominó: el Tercer Mundo.

Señalaba: “Para los historiadores de mi edad y formación, el pasado es indestructible. No solo porque pertenecemos a la generación en que las calles y los lugares públicos tomaban nombres de personas y acontecimientos de carácter público (la estación Wilson en Praga antes de la guerra, la estación de Metro, Stalingrado en París), en que aun se firmaban tratados de Paz por tanto debían ser identificados (el Tratado de Versalles) y en que los monumentos a los caídos recordaban acontecimientos del pasado, sino también porque los acontecimientos públicos forman parte del entramado de nuestras vidas...”.

“En efecto, en una gran parte del planeta todos los que superan una cierta edad, sean cuales fueran sus circunstancias personales y su trayectoria vital, han pasado por las mismas experiencias cruciales que hasta cierto punto nos han marcado a todos de la misma forma”.

“...El mundo que se desintegró a finales de los años ochenta era aquel que había cobrado forma bajo el impacto de la Revolución rusa de 1917. Ese mundo nos ha marcado a todos, por ejemplo en la medida en que nos acostumbramos a concebir la economía industrial moderna en función de opuestos binarios: ‘capitalismo’ y ‘socialismo’ como alternativas mutuamente excluyentes”.

“Podemos volver la mirada atrás para contemplar el camino que nos ha conducido hasta aquí... Y eso es lo que yo siempre he intentado hacer”, concluye.

Editor: Alcibiades González Delvalle - alcibiades@abc.com.py